

La ley es un perro que muerde al mal vestido. Esta sentencia inolvidable e incommovible parece presidir toda la obra literaria de Manuel Rojas, el más grande novelista chileno de este siglo, aunque el opte otra cosa.

En ella, sin la traba y la injusticia y el odio que supone siempre la ley, el tal vez no habría escrito y sus manos y sus recuerdos habrían, seguramente, buscado otros materiales para darle forma y transformarlos en utilidad duradera. Esa habilidad artesanal, esa tranquilidad suficiente que emana de los ojos y de las palabras de Manuel Rojas se apoderan del lenguaje, más bien del tema, y él la va aplicando con suavidad, aunque no con dulzura, al cuerpo y al alma de sus personajes, y entonces, después de un lento trabajo invisible, a veces demasiado paupero, aparece el hombre que viene saliendo de adentro de la ley, mordido y golpeado por ella, a veces algo desangrado y paralizado, pero nunca amargo, nunca tragando ansias, como dicen los mexicanos.

Los personajes de Manuel Rojas son como él, desde muy lejos caídos, esencialmente solitarios, con destino de solitarios, con vocación de soledad y este modo de ser o de transformarse, o de ser transformados involuntariamente por la vida, por las injusticias, por los sufrimientos, no parece herético o conmovedor, ya que no se quejan, y sobre todo, no hablan mucho de sus indeseables heridas. Cualquiera de sus pobres héroes puede estar, sin embargo, toda una jornada contando sus penas, como el protagonista que se emplea de cómic en un circo, sin tener mayores condiciones físicas, fuerza del histrionismo que otorga esa costumbre que es el sufrimiento finalmente, o como el protagonista de "Punta de Huelmo", puede hablar todo el tiempo, con relativa y detallada frialdad, como al 40 fuerza exterior a esa terrible historia. Porque que no hagan otra cosa que hablar, y sin embargo, dan ellos una sensación total e irreversible de la existencia, de tipos pensosamente mudos y silenciosos, parecen de repente estar haciendo un simple primer informe de sus desventuras, parecen los actores de sus propios sufrimientos, sin agregar nada más, sólo el sufrimiento, sólo la desgracia, pero no el comentario de la desgracia. Y es así, con esa técnica palpante que no interesa a las tesis ni a la historia y que casi siempre, por supuesto, de los intereses tampoco a éstas, obras maestras como "El vaso de leche" o "Laguna", aparecen simples y desnudas, puras y despojadas, como sus temas y sus personajes. Al leer esa aparente diligencia se diría que la mudidad o la mala suerte no tiene imaginación.

Es una literatura que está más allá de la literatura, pero no más allá de la vida, es sólo la vida, la oscura vida contada, no para olvidarla, ni para vencerse ni para sacar tajada de filosofía, no, tal vez sólo para descansar, para sacar un poco la respiración hasta la próxima etapa, hasta el otro sufrimiento, hasta la próxima inolvidable experiencia y ese hallazgo pasajero de la aventura, de la risa, del amor, del enojo y la imaginación evocadora junto a tanta desgracia y tanta soledad.

Piedad, ternura, amor a la humanidad, amor al sufrimiento y al ser que lo sufre, el pobre, el perseguido, el perseguido, el humillado, el miserable, el miserable de cuerpo y de alma, el ser que tiene hambre física y metafísica, son las características de este escritor enorme que ha recorrido a pie el sufrimiento de Chile y de toda América y de gran parte del mundo viejo, que ha conocido las injusticias y vejámenes que sufren los negros, los mexicanos, los haitianos, los portorriqueños en el corazón de la urbe neopocquina, en los conventillos verticales de la calle 41, y ha

Ante la muerte de Manuel Rojas, "La Quinta Rueda" solicitó a Carlos Droguett, uno de sus mejores amigos, que escribiera sobre su vida y obra.

Atareadísimo por diversos libros que actualmente prepara, Droguett no podía escribir el artículo, pero sugirió que se utilizara un capítulo de su última obra ("Escrito en el viento"), dedicado a Rojas que gustó sobremanera al escritor desaparecido.

la oscura vida radiante

Carlos Droguett



Manuel Rojas

constatado que es siempre la misma enfermedad, la misma terrible realidad, que, recién ahora, en estas inolvidables décadas, primero en Cuba, después en Chile, va a ser derruida y desterrada para siempre.

Ahora Manuel está otra vez en La Habana y creo que se quedará largo tiempo en ella, en esa realidad y esa inspiración que es ahora la vida para el trabajador y para el artista, pues me hablaba de permanecer largo tiempo para escribir su nueva novela, que se ambientará y circulará, si el destino del protagonista no planea otra cosa en el último momento, entre Miami y Varadero, entre Puerto Rico y Santiago de Cuba. Mientras lo recordamos y caminamos por Corrientes de regreso al hotel, le digo de repente a mi mujer, ¿te das cuenta?, Laguna está otra vez en Buenos Aires. El vagabundo chileno, el esmirriado y poquita cosa de hombre, que sufría y no se quejaba, que

atravesó a pie la cordillera y desapareció en ella, ha resucitado y está en todas partes, en estas planas y estas vitrinas que fueron testigos de su soledad tan humilde. Va a ser medianoche y en medio de este calor húmedo lo hemos visto en las librerías de Corrientes y de Suipacha y nos hemos sonreído de cómplice entusiasmo. Si, él y el marinero hambriento y el cómic fracasado y el ladrón fracasado, están aquí otra vez, en este nocturno país de sus desventuras, en las mismas calles que recorrió Manuel cuando era joven y desconocido y, como Laguna, a veces ansioso y hambriento, lleno de fuerza y de conciencia ciega, esa conciencia tan conocida y tan cabal que se va acumulando sin darse uno cuenta. Ahora a veces la cabeza y oteaba en el desfilado horizonte, buscando la cordillera, buscando también a Laguna, que ahora está aquí, a nuestro lado, caído y desposeído de irse a dormir, pues hace calor y hay hu-

medad y mucha luz difusa y expectante ahí en el obelisco, como si algo malo fuera a pasar, pero no es nada. Laguna, no pasa nada, es sólo la vida que te llena y te atraviesa y te deja con los labios entrelabados sudando más lejos, como si tuviera sed y hambre desesperada, como el joven marinero desesperado, mientras la vida le grita condescendiente e indiferente: Hello! What?, como testifica textualmente su desgracia.

Dos tipos que sufrieron caídas, dos tipos que se perdieron caídos en cualquier esquina de la vida, pero que encontramos otra vez aquí, esta noche también de tránsito para nosotros, al atravesar la calle para entrar al hotel. Se me ocurre de repente que van del brazo, un tanto embriagados por el sufrimiento o por el estúpido de estar otra vez vivos en estas calles empapadas y resacas, en la humedad del verano soño. Me habría gustado conversar con ellos, caminar mañana por la mañana los barrios soleados en que ellos y Manuel pasaron su infancia, su juventud, su temprana soledad, en que empezaron a oír la terrible vida, como después la ley, ese perro con collar exclusivo y exclusivo, los días a ellos y a sus harapos antes de morirlos, pero tenemos pocas horas, como el marinero, como Laguna, como ellos también tenemos que irnos. En la esquina de Cerrito y Corrientes los miramos atravesar la calle en nuestro persistente recuerdo. Si, van hacia la diagonal Bienes Fidei en busca de algún suculento barato, de algún vino barato, de algunas piernas baratas, entre los dos juntarán más monedas de esperanza que de desesperación y desde ahí elevarán el río y el mar abierto. Por eso se mantienen vivos y, en verdad, se mueren, se van, desaparecen, para aparecer resucitados allá o aquí, en todas partes, pues por ahí son los terribles eternos del desamparo, pero también del ensueño y la ilusión y todavía recuerdo más lágrimas de niño cuando leía la sencilla historia del marinero que tenía hambre, después leía la historia de ese otro conmovedor y dicho habiéndolo, que es el protagonista de Knot Hammon, y en la memoria, en el recuerdo, en la pena y la simpatía, y también en la soledad y futura experiencia técnica, los transformé a ambos en un solo arrebatado protagonista, en una sola e inevitable necesidad y todavía pienso en ellos como tenía de probable tesis y de necesario dolor.

Porque el vaso de leche se mantiene puro e inabordable y siempre lleno, siempre dispuesto a nutrir la imaginación y la acción de las nuevas generaciones que sufren y que sueñan, es piedra de toque, piedra estelar y fundamental, es un fácil símbolo y una enseñanza, incluso, como creo haberlo dicho, una enseñanza estética. Todo es esta misteriosa e insistentemente valiosa, esta frágil y sobradamente estúpida a la que han de ir en peregrinación, aunque no querrán todos los que en este país y en otros países van en busca de la belleza y de la bondad y la justicia a través de la belleza.

Por lo demás, y ya lo hemos dicho también e insinuado, no es este cuento maestro en la literatura española de este siglo el único que nos muestra la capacidad de Manuel Rojas para captar en su tratamiento sencillo, en su pausada e increíble sencillez, este misterioso monstruo que es el sufrimiento. Pero como sus protagonistas atónitos ante lo irreparable, el autor cree en la vida, cree en la bondad y en la verdad definitiva de la vida; que el hombre la ha malogrado y sigue malogrando, es otra cosa.

No por nada está en La Habana otra vez, no por nada su próxima novela lleva como título un verso de Martí: "La oscura vida radiante". Parece, de repente, tema y título para la biografía de Manuel Rojas.

Quinta Rueda No 5
Santiago

La oscura vida radiante. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La oscura vida radiante. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile